

1.

PRIMERA EDITORIAL DE PROYECCIÓN

1 (1954) 1-4

PROYECCIÓN de la teología hacia ambientes y personas no profesionalmente dedicados a estos temas, aunque interesados en ellos. PROYECCIÓN de la teología sobre sucesos y corrientes culturales y humanos que, precisamente por humanos, tienen su inevitable glorioso reflejo teológico como arranque de problema o como punto de solución. Esto quiere ser, modesta y eficazmente, la revista que salta al lector en el júbilo resurreccional de esta Pascua.

Desgraciadamente han ido quedando excluyentemente identificados clérigo y teólogo; y, por consecuencia, uno de los más graves efectos del relativo alejamiento entre clérigo y laico ha venido a ser el alejamiento entre laico y teología. Un abismo sin sentido. El viaje teológico se abre a todo cristiano, no sólo al sacerdote, profesional de Dios sólo en su manifestación social. Este viaje, en la aventura embriagadora de sus últimas cumbres, es obvio que se brinda sólo como invitación al cristiano absorbido por otros menesteres; podrá entregarse más o menos a él (ojalá se le dedicasen las inteligencias mejores y los corazones más inquietos); pero, en sus etapas más fundamentales, se presenta como obligación indeclinable de todo cristiano, en la medida de sus posibilidades.

La Revelación subjetivamente se hace Fe; la Redención, Gracia. Bajo estas cuatro constelaciones trascendentales navega en silencio su vida y su muerte la existencia humana, lo mismo la del monje que la del seglar. A esas constelaciones aporta o ante ellas naufraga. Teología es el conocimiento sapiencial –degustación amorosa, penetración posesiva por las causas Últimas, asimilación en propia fibra– de la Revelación y la Redención, de la Gracia y la Fe. A todos interesan estas cuatro realidades, los cuatro factores más decisivos de la historia individual y colectiva.

No sólo todo teocentrismo o cristocentrismo sino aun todo antropocentrismo, si es consecuente y auténtico, ha de llevar sus ríos, y sus desiertos, hacia esos cuatro últimos horizontes radicales de la existencia, detrás de los cuales espera Dios.

Porque el hombre es, hacia dentro, esencialmente limitación y, hacia fuera, esencialmente relación; ahora bien, esa limitación y esa relación que es religación a la Trinidad, destino temporal y eterno, incardinación intramundana y social, sólo encuentran su sentido y su solución definitivos en los labios y en la persona de Dios y de su Cristo, visibles en la Iglesia. El ser humano, que es también en su pequeñez paternidad, verbo y amor imitados, sólo cierra su órbita al anclar en la soledad y el movimiento absolutos del océano trinitario. Esto desde un punto de vista existencial.

Desde un punto de vista cognoscitivo –plano intenso y humanismo de esa exis-

tencia— el universitario, el profesional y, en general, el católico culto, por un mínimo de perspectiva y realismo, ha de poseer de su propia religión un conocimiento a ser posible tan vasto y profundo como el que tiene de su propia especialidad o que, ¡siquiera! guarde proporción —quema los labios decirlo— con el acervo de su «cultura general».

Así, al menos, no se daría la paradoja grotesca de una yuxtaposición de fe católica y de ideas incompatibles con el Credo; ni se daría el caso, frecuente, de bautizados que hacen de la poesía, el arte, la filosofía o los negocios, verdaderamente su propia religión. Y así, al menos, no se encontraría el católico culto desairado para enjuiciar y decidirse en el diálogo de cada día; y el sacerdote podría liberarse un poco del noble, costoso y limitado puesto de perro guardián junto al muro de la ortodoxia, dedicándose a más amplios y luminosos aspectos de su misión.

Acabemos de pesar la importancia de la teología para el católico culto desde ese punto de vista cognoscitivo. Frente a las demás ciencias, que abarcan sólo las parcelas menores del universo y de la existencia, la teología toma entre sus manos estremecidas nada menos que a Dios; en este sentido, se identifica con el fin natural intrínseco del hombre y, en cuanto que tiene por objeto al Dios de la revelación, es un anticipo del destino sobrenatural del hombre.

Frente a las demás ciencias, que sólo en pequeña escala se dirigen al propio espíritu que las vive, la teología se ocupa o redonda plenamente sobre él, considerado en sus coordenadas de eternidad aun de tiempo, de destino y aun de esencia. Conocer a Dios es condición indispensable, sine qua non, para conocer al hombre, ese desconocido, ya que Dios es el más íntimo y el único definitivo tú del hombre limitado y relativo, y ya que el hombre es precisamente, en definición de su constructor, imagen de ese Dios.

Después de Cristo se extrema, si cabe, esa necesidad de «tener en cuenta» a Dios para el conocimiento y valoración del hombre, pues con la Encarnación, injerto de Dios en el árbol culminado de la raza humana, la carne y el espíritu, ambos, en un increíble retorno, menos alegre pero más feliz, al sexto día de la creación, se han encontrado históricamente, ya que no por derecho, con realidades y posibilidades cuyo límite son las playas infinitas de Dios. Toda antropología, toda terapéutica, toda sociología, toda política, que prescindan de la teología y miren al hombre con los ojos en blanco del pelagiano —un superarán en la mañana anterior al pecado— o con los ojos cerrados del calvinista —Adán en la noche anterior a la redención—, conducen, pues, fatalmente a la estatua levantada al soldado desconocido sobre el paisaje, lunar de cada nueva exciudad del hombre.

Aun respecto a esos otros sistemas solares de las demás ciencias tomados en sí mismos, la teología tiene una misión de polaridad y sentido. Es perfectamente imposible una adecuada y exhaustiva posesión y orientación —al menos en su polo subjetivo, humano— del universo químico, biológico y, desde luego, del universo filosófico, histórico... sin un horizonte, teológico como referencia y aun como incitación. Esa imposibilidad se agrava cuando se trata de relacionar y jerarquizar —universidad— todo el panorama científifi-

co, aun sin atender a sus derivaciones técnicas, económicas y sociales. Esa imposibilidad toma un trágico carácter personal cuando, en el campo de las realizaciones, se lucha por elevar a un más directo apostolado y testimonio la propia profesión –cine, novela, poesía, magisterio católico...– y no se lleva en la sangre teología vivida, ni aun siquiera conocida.

Pero el católico culto, que quiere penetrar todo el legado y toda la virtualidad del mensaje cristiano, se encuentra ante dos caminos extremos: el catecismo, elemental en su enorme riqueza, y las publicaciones teológicas de carácter, en general, más bien especializado, escolar o técnico. Ninguno de los dos se adapta exactamente a su sed y a su prisa.

PROYECCIÓN quiere llevar a esos cristianos los problemas y respuestas teológicos, aligerados de su armadura técnica, pero sin enrarecer –divulgación, no mera vulgarización– su riqueza dogmática, moral, espiritual o litúrgica.

No somos escatologistas, pendientes exclusivamente del último día, ni somos maniqueos, desconfiados del día presente. Vivimos el temor, porque la plenitud del Reino no ha llegado, pero vivimos también la esperanza porque ese Reino está en marcha. Con ese temor y esta esperanza, con esta confianza en los hombres de ese Reino, nos ponemos a dialogar de Dios en nuestra calle.

«Todo es gracia», dice un personaje bernaniano; y muchos de los personajes greenianos: «el fondo de la vida es el pecado». Sin precisar aquí estas afirmaciones, sólo una promesa: queremos ir presentando en estas páginas toda esa conturbadora geografía crepuscular o meridiana, exultante o doliente; queremos que ambos conceptos y realidades, ambos caminos de acercamiento o alejamiento entre Dios y el Hombre se destaquen en estas páginas. Confiamos así ayudar, sencilla y alegremente, a que hombres de nuestra generación puedan creer, amar y esperar con mayor plenitud; a que todo, pensamiento y vida, se redima del pecado y todo sea, efectivamente, gracia. Una mayor ciencia y conciencia de ambas realidades –sugerida por el Espíritu Santo en las almas sin ocasiones y llevada por Él a su maduración en todas– es indispensable para un mayor amor y una mayor vivencia de la atmósfera suprema del hombre, la Gracia –vida del hombre en Dios y de Dios en el hombre– y para un mayor amor y vivencia de la Iglesia –fórmula concreta de realizar esa vida–.

Bajo el signo de este año centenario, ponemos nuestro esfuerzo a los pies de Santa María, esquema de la Iglesia y la más bella y exacta encrucijada para el encuentro del hombre con Dios.

Vamos a hablar de Dios, que es también hablar del hombre y de la mujer, del planeta, el dolor, el amor, la paz y la guerra, el tiempo y la eternidad.